

de nuevo miel de oracion en la colmena de Poble



Poble



monasterio de penitencia
 granja de trujales y molinos
 taller de ricas artesanias

EN el siglo XII Europa entra en España por los caminos del fervor jacobeo. Los peregrinantes cruzan Cataluña, Navarra y Castilla. Caminan por las calzadas de Augusto y se orientan por las constelaciones. Van hacia Compostela por un doble camino de piedras romanas y estrellas del cielo. La leyenda carlovingia dirá que fué Carlomagno el ingeniero de caminos celestes que trazó el itinerario de estrellas que conduce a Compostela el turismo devoto de la Edad Media. Pero no, el «camino de Santiago» es el antiguo «camino de las vacas» de las leyendas astrológicas de Oriente. Sin duda que, en memoria de estas lecheras vacas mitológicas, los astrónomos de hoy lo siguen llamando «la vía láctea».

Con el gran acontecimiento medieval, la resurrección románica de Santiago en las tierras occidentales de Iria Flavia, alcanza su plenitud en España un nuevo estilo arquitectónico —el románico— que llegará a nuestros días. Con piedras de rotas aras paganas y con ideas estéticas que han venido de Roma y de Bizancio a través de la Galia carlovingia, se tallan los ángeles románicos, los ángeles ingravidos —piedra menos pesada que el aire— del Pórtico de la Gloria.



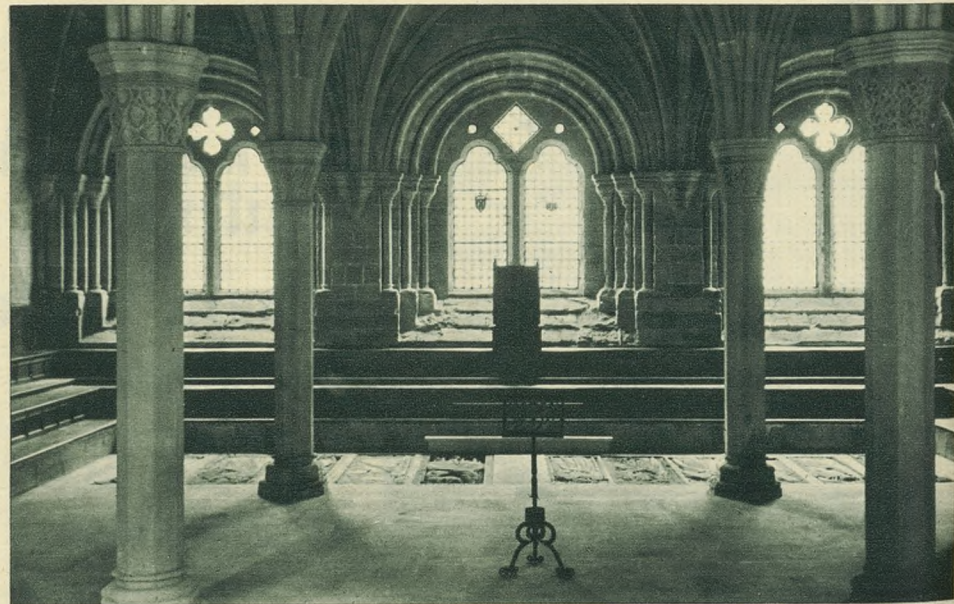


España intuye entonces la importancia de este turismo espiritual y procura fomentarlo. Monjes y caballeros se organizan para guardar sus caminos. A lo largo de las rutas se alzan albergues y hospitales para dar alivio a los creyentes europeos que hacían del sepulcro, recién descubierto, del Apóstol, la meta de su fe.

En el valle tarraconense del Francolí, cerca de la Via Aurelia, Ramón Berenguer IV, el santo, fundó en 1151 el monasterio de Poblet, sobre las ruinas de una primitiva ermita que ya llevaba este nombre. Sus primeros ocupantes fueron doce monjes cistercienses. También éstos procedían de la Galia, donde hacía poco más de cincuenta años naciera esta nueva rama del recio tronco benedictino, por obra de Roberto de Molesmes, con el apoyo del Papa Urbano II. Era una nueva enjambrazón de la colmena del Cister, que encontraría en España buena tierra y buen cielo para sus actividades de acción y de oración.

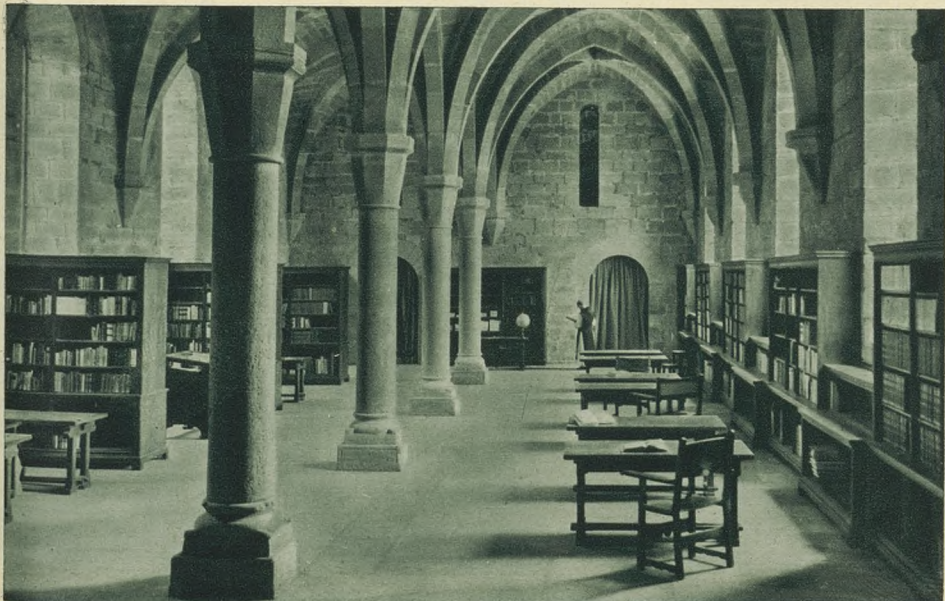
Con gracia de prodigio empieza a crecer la abadía medieval de los cistercienses en la Espluga de Francolí. Pronto será Santa María de Poblet una verdadera obra del arte románico. Es románico el viejo claustro de San Esteban y toda la parte primitiva del monasterio. Poblet tiene ya arquitectura y paisaje, surco y verso, para laborar por esa doble verdad humana de la tierra y el espíritu. El cenobio progresa. Monjes agricultores plantan viñas y frutales, injertan albaricoqueros y melocotoneros. Siembran hortalizas, trigales y linares. Hacen experiencias agrícolas, que luego enseñan a los campesinos de la región. Pronto los linos fermentados en los remansos del río Francolí tendrán fama por su blancura. Monjes teólogos y eruditos purifican la ortodoxia cristiana, limpiándola de errores heréticos que con frecuencia sufría el pueblo en su larga convivencia con los infieles. Monjes poetas escriben en verso latino y en prosa romance, leyendas y biografías. Vidas de santos y milagros de Nuestra Señora, miniados en primorosas vitelas. Monjes arquitectos dibujan las tallas de la madera y la piedra que realizan los artífices para seguir la evolución de los estilos arquitectónicos, que en Poblet van, desde el románico al ojival, del gótico florido al barroco y renacentista, logrados todos con máxima perfección y gracia estética.

El cenobio de Poblet tiene pronto el fruto de su laborio-



En la página anterior, arriba: Vista aérea del monasterio de Poblet. Abajo: Puerta dorada del Real Monasterio (siglo XV) y monjes trabajando en la era.—En esta página, arriba: Claustro mayor del antiguo cenobio (siglo XIII). Aspecto del refectorio restaurado por la Hermandad. Abajo: Sala capitular (siglo XIII), también restaurada.

sidad. Además de colmena mística de oración es granja agrícola y laboratorio de artesanías. Poblet tiene tierras fecundas, lagares y molinos. Tiene hornos de pan y trujales de aceite. Hospital para peregrinos de Santiago, capillas y claustros, en los que va floreciendo toda la gracia espiritual de los más puros estilos arquitectónicos. Y tienen cerrajerías y talleres y silos para los cereales y viviendas y templos. Tales eran las múltiples funciones de trabajo y ejemplaridad que habían de cumplir los cenobios medievales. Verdaderos silos de la cultura y el cristianismo occidental, perfectas organizaciones en que se llegaba al equi-



En esta página, arriba: El cimborrio (siglo XIV) visto al través de un ventanal del palacio del rey Martín el Humano. Aspecto del mismo palacio del rey Martín el Humano, desde un ventanal del claustro mayor. Abajo: Saqueada la anterior, valiosísima biblioteca del Real Monasterio, la Hermandad se ha encargado de restaurarla.

libro entre lo terrenal y lo divino. Los monjes medievales no sólo enseñaban las verdades de la fe con su palabra sino con el vivo ejemplo de sus vidas. Ya no hay duda histórica sobre el hecho de que al florecimiento de estas colmenas místicas de trabajo y oración se debió el gran renacimiento espiritual del siglo XIII, siglo de los santos, verdadero siglo de oro de la baja Edad Media.

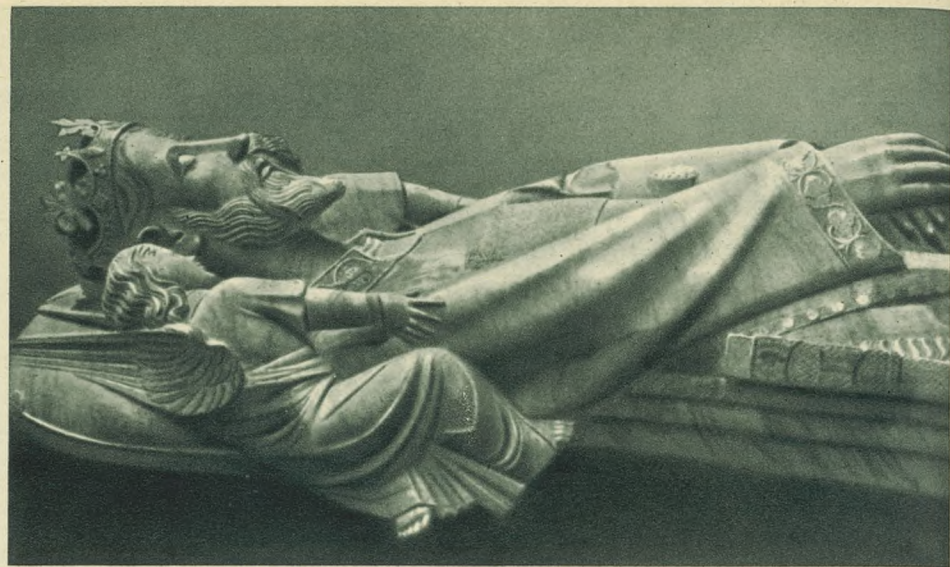
Pronto siente la colmena de Poblet íntimos impulsos de enjambrazón. Sucesivos enjambres van saliendo del Valle de Francolí para instalarse en Castilla y Aragón, en Cata-

luña y en Navarra, en Galicia y en las Asturias. Cada cenobio, un faro orientador de la cultura y la cristiandad en el oscuro piélago de sombras medievales.

* * *

Siete siglos sin interrupción vivió en Poblet el cenobio de los místicos agricultores del Cister. Siete siglos de obra constructiva, constructora y ejemplarizadora. Así, hasta que en 1835 se alzaron en España las voces de la «Desamortización». La luna de una noche de julio del citado año alumbró las siluetas de unos monjes que huyen de Poblet por los senderos del valle tarraconense. Toda la inmensa fábrica del monasterio se convierte en una gran mole de grandes claustros sombríos y estancias silentes deshabitadas. Bajo la luna compasiva, las sombras tristes de las numerosas torres, se tienden sobre las tranquilas y rumorosas masías. Allí quedaba el esfuerzo heroico de siete siglos. Los monjes huyen por la orilla del río, por los senderos más ocultos hacia las sombras de la montaña. La luna descubre sus fardos con reflejos metálicos en los que llevan con gran esfuerzo los objetos del culto que han querido sustraer a la profanación. Cuando ya están a salvo de un ataque de las turbas, descansan sobre un breve alicor. Todo parece en paz bajo la alta noche. Y el río Francolí sigue cantando como hace siete siglos. Cantando indiferente y repartiendo por el valle la fecundidad de sus aguas recién ordeñadas a la montaña.

Un mal instinto, un furor elemental se alzaba del fondo de las masías contra los monjes acusados de extrañas cosas por sus calumniadores. Un aire hostil bajaba también de las montañas sobre Poblet. De la Espluga de Francolí, del pueblo de Vimbodí, de la propia villa de Reus, salieron turbas hacia el monasterio con oscuras intenciones. Era como una fuerza fatal alentada por un secular resentimiento. Una especie de toro negro que embestía obstinadamente contra los muros y las piedras venerables. Algunos monjes que aún quedaban en Poblet después de la desbandada del 25 de julio de 1835, vieron tan mal las cosas que acordaron dejar definitivamente el monasterio, unas semanas después. Así abandonaba la Orden del Cister una de las más grandes obras, logradas con el esfuerzo material y espiritual de siete siglos.

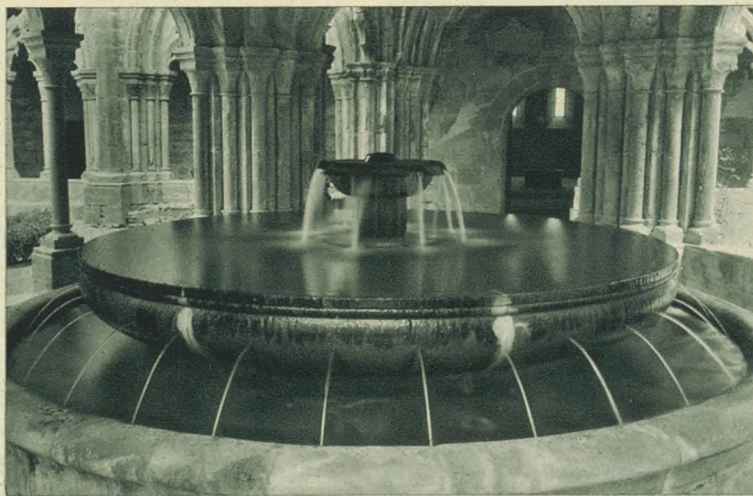


Entonces empezó no sólo la expoliación oficial de las tierras y propiedades de los monjes, sino el saqueo de los inmensos tesoros artísticos y arqueológicos que guardaba el monasterio. Entonces ocurrió, en opinión del historiógrafo Vals y Taberner, un triple sacrilegio: religioso, patriótico y artístico. Se talaron los bosques, se vendió en pedazos el bronce de las campanas y para chatarra las historiadas rejas de gran valor artístico. Los códices de la maravillosa biblioteca y los documentos del incalculable archivo, fueron vendidos en pública subasta a gentes que no tenían la menor idea sobre su valor. Se abrieron las tumbas reales en busca de tesoros. Como detalle curioso puede citarse el ocurrido en 1846, cuando después de saqueado el mo-

facilitó el personal para restablecer la vida de la abadía, y la Orden del Cister tomó posesión de Poblet el 24 de noviembre de 1940.

La primera obra que se llevó a cabo fué la restauración de los panteones reales cuyas estatuas fueron devueltas a sus antiguos puestos en el monasterio. Los recursos para esta obra y para las restauraciones que se están llevando a cabo en el monasterio fueron facilitados en parte por el Estado y en parte por el antiguo Patronato y por la Junta de Bienhechores.

A partir de esa fecha, de nuevo han vuelto a oírse las voces de los Maitines en la soledad de los hondos claustros a las cuatro de la madrugada. Y se han llenado las huertas de actividad y las capillas y refectorios de ru-



nasterio, la Diputación de Tarragona nombró un guardián que lo vigilase de sol a sol, cuyo sueldo no pasaba de un real diario. El tal guardián vivía de la venta de cabezas de estatuas y de otros detalles artísticos que eran vendidos a los visitantes. Terminado el saqueo ignorante de los campesinos, vino el más inteligente de los turistas y chamarileros de toda Europa. Estos venían a Poblet para obtener verdaderas joyas artísticas e históricas a precios irrisorios. Y así los ciento cinco años que duró el abandono y la incuria oficial.

En 1940 vino a España el Abad General del Cister que, previa visita al ministro de Educación Nacional, estableció las condiciones necesarias para la llegada de los monjes, ya autorizados por el Estado español para regresar al monasterio de Poblet. La congregación de San Bernardo de Italia

Arriba: Estatuas yacentes de D. Jaime I el Conquistador, D. Pedro el Ceremonioso, don Alfonso el Casto y D.º Matha de Armagnac. Debajo, de izquierda a derecha: Procesión de los monjes a través del claustro. Fuente de 31 caños en la que se lavaban los monjes antes de pasar al refectorio. El Cardenal de Tarragona preside la fiesta anual de la Hermandad.

mores de rezos. Y bajo los arcos de piedras románicas o góticas pasa todas las tardes la procesión silenciosa de los monjes que cada noche trasladan el Sacramento de la iglesia a un pequeño oratorio. Sobre las piedras en ruinas y los huertos abandonados de Poblet vuelve a florecer la colmena cisterciense. Vuelven a tener calor de trabajo y rumor de oración los muros conventuales de la inmensa abadía. Y otra vez tienen los otoños de Poblet canciones de actividad, olores de lagares, trujales y molinos de cereal. Y los árboles frutales de la huerta claustral dan sus aromas y sus dulzuras para esa miel elaborada en el interior del cenobio, trabajos, penitencias y oraciones. Miel de sacrificio, que cada día sube al cielo en ofrenda compensadora de tantas maldades humanas...